

Mecanismos subjetivantes, dimensiones simbólicas y prácticas argumentativas

Luis Javier HERNÁNDEZ CARMONA

ORCID ID: 0000-0002-7405-4939

hercamluisja@gmail.com

ULA-LISYL

Recibido: 10-11-2024

Aceptado: 22-11-2024

Resumen

Desde la perspectiva ontosemiótica, los mecanismos subjetivantes son pieza clave en la configuración de prácticas argumentativas, sostenidas éstas por dos dimensiones simbólicas a constituirse en antagonismos complementarios, para luego transfigurarse en lógicas de sentido. Bajo este enfoque, quien enuncia lo hace a partir de dos esferas signico-simbólicas: la cognoscente y la patémica, a través de las cuales establece una relación profunda con el mundo a partir de procesos de subjetivación a modo de desencadenantes de un acto de internalización tanto de conocimientos como de experiencias de reconocimiento mediante las relaciones intra e intersubjetivas y, el sentido de pertenencia a sincréticos escenarios enunciativos, soportados por intrincadas redes significantes a generar las semiosis que validan los principios argumentativos de los enunciados.

Palabras clave: ontosemiótica, conocimiento, simbolicidad, subjetivación.

Subjectivizing mechanisms, symbolic dimensions and argumentative practices

Abstract

From the ontosemiotic perspective, subjectivating mechanisms are a key element in the configuration of argumentative practices, supported by two symbolic dimensions that constitute complementary antagonisms, and then transfigure into logics of meaning. Under this approach, the person who makes the statement does so from two signic-symbolic spheres: the cognitive and the pathemic, through which he establishes a deep relationship with the world based on processes of subjectivation as triggers of an act of internalization of both knowledge and experiences of recognition through intra and intersubjective relationships and the sense of belonging to syncretic enunciative scenarios, supported by intricate significant networks to generate the semiosis that validate the argumentative principles of the statements.

Keywords: ontosemiotics, knowledge, symbolism, subjectivation.

Introducción

Enfocadas alrededor de la ontosemiótica, concateno las variables representadas por los mecanismos subjetivantes, las dimensiones simbólicas y las prácticas argumentativas, para discernir sobre su importancia y funcionabilidad dentro de construcción de lógicas de sentido a sustentar las semiosis y sus relaciones de significación en cuanto la comprensión del mundo enunciado; una comprensión distendida entre el enunciante, el lenguaje y las nociones de realidad a configurarse en función de diversas acepciones del conocimiento y las relaciones de éste con los entornos sociales. En esta perspectiva, el ser humano es entendido como un nodo de significación que, a través de su acción, resignifica constantemente el entorno y a sí mismo, en un proceso de interacción ineludible con la trama simbólica de su contexto

En tal sentido, los mecanismos subjetivantes implican los procesos mediante los cuales los enunciantes se constituyen como sujetos dentro de un marco histórico y cultural, al mismo tiempo que, se hacen conciencia de sí mismos en función de las experiencias sensibles y los espacios para el reconocimiento. Ante tal circunstancia argumental, la ontosemiótica considera al sujeto enunciante como atribuyente de significación frente a la ‘cosa’ percibida, esto es, un agente dinámico a interpretarse y resignificarse constantemente en dinámicas y cambiantes semiosis.

Bajo esta premisa, el sujeto conoce a partir de su dimensión intrasubjetiva en una doble atribución de sentido frente a lo acontecido, participa en experiencias que le permiten explorar y percibir su entorno desde una dimensión cognoscente asida a otra sensorial y afectiva. Este acto de reconocimiento/conocimiento implica un proceso de subjetivación a permitirle identificarse y apropiarse de un mundo establecido a partir de singulares cadenas significantes.

Este reconocimiento en función de experiencias sensibles, hace del acto enunciativo, una particular forma de reconocerse en sí mismo y, en relación con la estructura social, esa macrosemiosis a enmarcar esas acciones dentro de cotidianidades particulares a hacerse colectivas. Por lo que, los mecanismos subjetivantes están contenidos en los procesos mediante los cuales el sujeto se configura como instancia significante, envuelta en dimensiones simbólicas muy particulares a devenir en prácticas argumentativas que van a diversificarse en el cuadrante semiótico: sujeto enunciante-texto-sujeto enunciante-contexto.

Sobre estas posturas ontosemióticas, la argumentación se hace una práctica a blindarse en ese doble sentido significante representado por la intra e intersubjetividad a modo de tránsito simbólico dentro del aludido cuadrante semiótico; así las relaciones discursivas se formulan como abanicos con mayor portabilidad significan-

te y ensanchamiento de los recursos interpretativos. Del mismo modo, implica la inclusión del cuerpo dentro de esos espacios generadores de semiosis, junto a las interacciones humanas significativas y las narrativas personales a manera de construcción de sentido.

De esta forma, los mecanismos subjetivantes son una vía para que los sujetos se construyan y reconozcan en el mundo, puedan habitarlo desde las dimensiones simbólicas y promuevan prácticas argumentativas soportadas en la doble articulación del sentido distendido entre lo cognoscente y lo patémico. Estos mecanismos subjetivantes no operan por imposición cognitiva o formalidad retórica, pertenecen al descubrimiento y reconocimiento progresivo de una identidad sensible compartida con los espacios del otro, coadyuvada en las relaciones intra e intersubjetivas. Lo que hace de las prácticas argumentativas un espacio de subjetivación transformadora donde el sujeto se constituye a través de la experiencia sensible, en armonía con él, su cotidianidad y la comunidad.

De esta manera, la trascendencia implica el elemento subyacente a constituir estas prácticas enunciativas, abrir el camino para el surgimiento de la esteticidad argumentativa a modo de vínculo entre los intervinientes en el aludido cuadrante semiótico, pues su acción significante va más allá de lo inmediato y perceptible; abre la posibilidad de dimensiones simbólicas soportadas en la dialéctica metafórica a fundamentar lo transtextual como ese 'más allá' donde residen los detonadores del sentido.

Mecanismos subjetivantes y prácticas discursivas

Dentro de la concepción teórico-metodológica de esta propuesta, voy a conceptualizar los mecanismos subjetivantes dentro de los procesos, prácticas y dispositivos socioculturales mediante los cuales, los sujetos enunciantes construyen, modelan y afirman su subjetividad en relación con los contextos históricos, sociales y simbólicos. Con la particularidad de que estas dinámicas enunciativas no solo involucran influencias externas (discursos, normas, estructuras de poder), sino también una apropiación íntima donde se posiciona y da sentido a su experiencia de sí mismo, del otro y del mundo configurado y a configurarse espacios significantes.

Bajo estas figuraciones argumentativas, incluyo en una somera caracterización, aspectos insertos desde la perspectiva foucaultiana para pensar su vinculación con los discursos institucionales, los discursos y la relación de poder en la generación de modos de ser, pensar, actuar en los sujetos. Paralelamente, ligados a los órdenes simbólicos (lenguaje, religión, cultura, tradiciones), a manera de vinculación fundamental con mundos proyectivos más allá de las simples vinculaciones cognoscentes, al dotar de marcos interpretativos compartidos dentro de dimensiones ligadas a la experiencia humana.

Aunada a las anteriores perspectivas, la subjetivación es un proceso continuo en el que el enunciante es indudablemente constituido por el contexto a ser transfigurado simbólicamente, mediante las prácticas argumentativas en su doble articulación de sentido, una evidencia clara y fehaciente, la cohabitación de lo cognoscente con lo patémico. Esta fusión simbólica entre ambos planos de referencialidad, implican la manifestación de la subjetividad a partir de la autoconstitución del sujeto frente a la imposición externa de roles e identidades y su capacidad para resistir, reinterpretar y redefinir los marcos referenciales, lo que refleja su capacidad para redimensionar a través de las prácticas argumentativas las nociones/visiones de realidad distendidas el acontecimiento y el acaecimiento.

Ante esta perspectiva teórica-metodológica, surgen situaciones puntuales en las cuales ilustrar esta di-

námica subjetivante, tal es el caso de la acción educativa a modo de práctica argumentativa que no solo transmite conocimientos, sino también moldea formas de pensar, valores y actitudes, configurando ciudadanía académica y sociales en un principio bajo el estricto fundamento cognoscente a ser permeando por incidencias patémicas a conformar el subjetivema fundante de visiones más allá de lo objetivo-racional, para permitir el ensanchamiento del horizonte significante en cuanto reconocimiento del sujeto enunciante en sí mismo y el otro.

Para hacer más puntual la intención ilustrativa, es imprescindible hacer mención a las redes sociales y las tecnologías de la información, hoy día, los escenarios clave para indagar sobre los procesos de subjetivación mediante diferentes planos enunciativos. Fundamentalmente, desde la migración de los sujetos a los espacios virtuales y la asunción de una singularidad enunciativa basada en el encubrimiento y transfiguración de los espacios cotidianos, como un sistema de representación y reconocimiento del sujeto en función de su intimidad.

Aún más, ciñéndonos a la tradición, aparecen la religión y la moralidad representadas por las normas éticas y las prácticas religiosas generadoras de procesos de subjetivación que vinculan al sujeto enunciante con lo trascendente y lo terreno; dos locaciones antagónicas que en su vinculación crean espacios significantes y de sostenimiento dentro de las prácticas argumentativas. En este sentido, es interesante advertir la espiritualidad convertida en ideología, la fe en espectáculo, esto es, su conversión en forma de sometimiento y cercenamiento de la libertad humana, lo cual apunta hacia una subjetividad descentrada, proclive a la manipulación y dominación.

Pero en medio de estos antagonismos, la dimensión simbólica provee los insumos que unidos al orden patémico, posibilitan otras miradas al mismo referente y llegan a convertirlo en elemento subversor de lo establecido. Eso ocurre en las esferas del discurso estético a manera de contrargumentación bajo los desafíos de las estructuras imaginables frente a las certezas de la razón o la imposición de los dogmas y visiones apocalípticas del sujeto y el mundo. Desde esta perspectiva, los mecanismos subjetivantes constituyen un campo complejo en el que confluyen prácticas culturales, discursos normativos y la agencia del sujeto en constante diálogo consigo mismo y su entorno.

La experiencia sensible en las prácticas argumentativas

La correspondencia entre los mecanismos subjetivantes y la experiencia sensible dentro de las prácticas discursivas, equivale a la configuración del sujeto discursivo, más aún bajo el amparo teórico-metodológico de la ontosemiótica, al hacer énfasis en las dimensiones simbólicas que median en la construcción de significados y prácticas en contextos argumentativos. Al respecto, la experiencia sensible es instancia fundamental para la generación de lógicas de sentido y el reconocimiento del otro en el discurso. En tal caso, surge la triada subjetividad-sensibilidad-prácticas discursivas desde un orden interdisciplinario para apuntalar las cadenas significantes y su base cognoscente.

Ahora bien, las prácticas argumentativas entendidas a manera de escenarios de interacción simbólica, son las semiosis donde se construyen y negocian significados para configurar el sujeto y sus formas de interacción discursiva. Estos mecanismos subjetivantes desde Foucault y reinterpretados en clave ontosemiótica, intuyen procesos mediante los cuales el sujeto se forma y posiciona en un orden simbólico determinado, en el cual la experiencia sensible es la apertura al mundo por medio de la percepción, asimilación y resignificación patémica del sentido, o más bien, de la construcción de lógicas a fundar esos espacios significantes y establecer los vínculos que lo sostienen en el acto argumentativo.

Por lo tanto, la subjetivación no es solo un proceso individual, sino un fenómeno profundamente rela-

cional y discursivo. Específicamente en las prácticas argumentativas, son los mediadores quienes enuncian y las estructuras simbólicas configurantes de su forma de pensar, argumentar y posicionarse/reconocerse ante sí mismo y frente al otro. Por cuanto, estos mecanismos subjetivantes giran en torno a la asimilación de las dimensiones simbólicas donde residen los valores, normas y creencias que estructuran los imaginarios sociales (marcos históricos, culturales, religiosos) como centro argumentativo/colectivo.

Al mismo tiempo, dentro de los procesos de subjetivación y sus mecanismos de interacción, es necesario considerar la performatividad del discurso, en cuanto el acto argumentativo no solo comunica ideas, sino constituye identidades, ciudadanía y roles sociales. Es decir, formas de reconocerse en torno a un colectivo donde la patemia va a crear una dimensión alternativa, más aún, complementaria a la convencionalidad social. Por ello, es posible figurar una ciudadanía sensible, reflejada a partir de los mundos primordiales y con base en la experiencia.

Esta especial configuración argumentativa, conlleva al surgimiento de la perspectiva ética del sujeto, pues cada argumento implica el posicionamiento moral del enunciante que, a su vez, refleja su horizonte subjetivo orientado como eje constitutivo que trasciende la simple estructura lógica del discurso e implica la concienciación del sentido de responsabilidad ante sí mismo y el otro, pues el sujeto al argumentar, es portador de significados que trascienden el contenido literal de las palabras. En este aspecto, las prácticas argumentativas se erigen como un acto ético que debería evidenciar la equidad, tolerancia, justicia y respeto por el otro.

En tal sentido, ese otro se convierte en coautor de sentido, inmerso en una dialéctica enunciativa que exige su participación activa y determinante. Esto hace que las prácticas discursivas estén sostenidas por la interacción intra e intersubjetiva, un ejercicio dual que involucre al otro a modo de interlocutor válido, con derechos epistémicos y éticos, para la procura del orden dialógico a enriquecer las relaciones significantes y garantizar el sostenimiento de los enunciantes como de los discursos en diversos escenarios argumentativos. Lo anterior conlleva a establecer una estrecha relación entre ética y experiencia sensible en función a la empatía a establecerse a través de las prácticas argumentativas.

Esta experiencia sensible garantiza la conexión con el mundo y los otros a partir de la concepción patémica del sujeto argumentante; habilita la dimensión experiencial dentro de las prácticas argumentativas. En este sentido, el papel de los procesos de subjetivación es doble. En un sentido, como apertura fenomenológica que permite captar los subjetivemas presentes en el discurso que establecen conexiones más allá de lo textual para implicar arquetipos del inconsciente colectivo y enriquecer los horizontes simbólicos. En el otro sentido, a modo de empatía argumentativa para hacer viable la comprensión del otro y abrir la posibilidad del dialogismo significativo.

Este dialogismo involucra la conjunción de los mecanismos subjetivantes y la experiencia sensible como el espacio donde los sujetos argumentantes negocian su identidad y posición argumentativa en complejos contextos de interacción discursiva. Desde la ontosemiótica, este proceso dialógico involucra la integración de la dimensión simbólica con la experiencia vital representada por la vivencia concreta de los enunciantes. Así como también, el reconocimiento del otro a manera de co-constructor del sentido, en su reconocimiento a partir de la relación intersubjetiva que privilegia la experiencia sensible a manera de vínculo patémico-referencial.

Razones por las cuales los mecanismos subjetivantes y la experiencia sensible estrechan profundas implicaciones en el campo de las ciencias humanas, la educación, la teoría crítica del discurso. En el caso de las ciencias humanas, se plantea la necesidad de argumentar más allá de la estructuración técnica para convertirlo en un espacio del reconocimiento, la humanización y el dialogismo creador.

El cuerpo como mediador del significado

La ontosemiótica destaca el papel del cuerpo como el canal fundamental para el conocimiento y la construcción del sujeto. En este sentido, el cuerpo no es solo un vehículo biológico, sino un escenario de interacción y expresión de significados en un contexto intervenido desde diferentes ángulos interpretativos. Dentro de esta particularidad argumental, los mecanismos subjetivantes posibilitan que el cuerpo se convierta en un espacio de significación donde el sujeto se constituye, no solo en función de lo aprendido, sino de lo que siente y experimenta.

Es un mediador esencial del significado, es el espacio donde se cruzan lo sensible, lo simbólico y lo discursivo, configurándose como un puente entre el sujeto y su entorno. A través del cuerpo, los argumentos no solo se piensan o se expresan, sino que también se sienten y se encarnan. Al respecto, el cuerpo se convierte en el locus de la experiencia sensible que, en la práctica argumentativa, se evidencia en primera instancia con la gestualidad y expresividad, así como también en la percepción fenomenológica al captar los matices del otro. Ambos aspectos habilitan una comprensión más profunda de lo expresado.

De esta manera, el cuerpo es una representación simbólica a superar la simple esfera sintiente para constituirse en un sistema de representación. En las prácticas argumentativas los cuerpos se convierten en portadores de símbolos y significados culturales a influir en la percepción del sujeto argumentante. Así la presencia corporal legitima el argumento, refuerza la persuasión y establece una conexión a través de la confianza y credibilidad. Ello proyecta el cuerpo como narrativa a ofrecer una intrincada polisemia a reforzar las prácticas discursivas.

En este ejercicio de la mediación, el cuerpo configura el espacio intersubjetivo que posibilita la empatía corporal al generar conexiones que faciliten la apertura y el diálogo. Asimismo, el acto de argumentar constituye un espacio a ser compartido por los interlocutores mediante el establecimiento de límites, proximidades, distancias que también son portadores de una poderosa y determinante carga significativa. Así el cuerpo, en las prácticas argumentativas, no es una instancia neutral, definitivamente es un instrumento para persuadir, manipular o incluso imponer significados.

La anterior consideración introduce al cuerpo dentro de las prácticas argumentativas a manera de mediador indispensable de significado. A través de la experiencia sensible, la dimensión simbólica y la determinante función de la intersubjetividad, el cuerpo amplifica y enriquece el acto argumentativo, al constituirse el canal por el cual el discurso se encarna y adquiere profundidad ética y humana. De igual forma, es el eje fundamental de las interacciones humanas, al operar como vehículo al través del cual se experimentan, comunican y construyen relaciones significantes a partir de la interacción simbólica y sensible.

Asumido de esta manera, el cuerpo deja de ser un objeto en el mundo para constituirse en presencia a partir de la cual se construyen lógicas de sentido, es instancia significativa que hace de la corporeidad un principio identitario a configurarse en apertura fenomenológica donde la experiencia se concretiza y abre la posibilidad de compartirse con el otro para facilitar la comprensión mutua y el reconocimiento de la alteridad. De allí que el cuerpo se convierte en instancia significativa.

Esta conversión en instancia significativa hace del cuerpo un escenario de la representación que trasciende el lenguaje verbal, con el surgimiento de la gestualidad y otras marcas indiciales a revelar una transtextualidad detentadora de planos referenciales colaterales dentro de una experiencia significativa. A este nivel argumental, la trascendencia se manifiesta a medida que el argumentante tiene conciencia de pertenecer a una red de significados que lo supera, donde cada experiencia es una oportunidad para conectar la vida y su conocimiento con algo que mora simbólicamente más allá del espacio inmediato de la enunciación.

Dimensiones simbólicas y agencialidades significantes

Este tránsito simbólico implícito en esta relación de significación, fortalece identidades argumentativas, acendra los sentidos de pertenencia a determinados espacios y escenarios de significación para garantizar el surgimiento de las ciudadanía sensibles, donde el sujeto, a través de su experiencia y acción, alcanza una comprensión trascendental de su ser y su lugar en el mundo configurado por un entramado significativo que organiza la relación del sujeto con la constitución simbólica de la realidad. He allí la inclusión de los mitos, las religiones y las ideologías como expresiones del orden simbólico.

En las prácticas discursivas los sujetos no solo son moldeados, sino que también tienen la posibilidad de resignificarse a partir de los procesos de subjetivación enunciativa. En esa resignificación, los mecanismos subjetivantes y las dimensiones simbólicas emergen como categorías cruciales para interpretar la conversión de la experiencia humana en semiosis generadora de lógicas de sentido más allá de lo estrictamente cognoscente. En todo caso, las dinámicas subjetivantes y simbólicas revelan una constante interacción entre estructura y agencia, donde el argumentante es simultáneamente moldeado y moldeador.

Esta *agencia* en el contexto de la subjetivación apunta hacia la capacidad del sujeto para actuar de manera autónoma y reflexiva dentro del entramado semiótico que lo circunda. Es el ejercicio consciente mediante el cual el sujeto no solo reproduce los significados y normas del entorno simbólico, sino que también los transforma, reconfigura y resignifica a partir de una acción intencional. De esta forma, debe reconocerse una doble cara de la subjetivación representada por la integración del tejido semiótico al ejercicio de agencia por parte del argumentante.

En los predios del tejido semiótico, la subjetivación en un primer momento, implica la integración del sujeto al sistema de significados, en el cual se internalizan normas, valores, lenguajes y símbolos estructurantes del entorno social y cultural. Este proceso conecta al sujeto al entramado significativo de su entorno para moldear su identidad y sus maneras de interpretar la realidad. A ello lo podemos llamar la dimensión pasiva en la cual el sujeto adopta roles, discursos y valores dados por estructuras preexistentes.

En un segundo momento, la integración a ese tejido semiótico permite al sujeto participar en dinámicas colectivas y construir un principio identitario soportado por las relaciones inter e intrasubjetivas a estructurar la agencialidad significativa representada por la capacidad del argumentante de ir más allá de la simple asimilación de estructuras simbólicas e intervenirlas para generar nuevas significaciones desafiando las normas establecidas, tal es el caso de los discursos estéticos.

Esta agencialidad significativa representa la dimensión activa de los procesos de subjetivación anclados en la reflexividad a través de la cual es posible la crítica de las estructuras semióticas que lo moldean, bajo el cuestionamiento de sus fundamentos y la apertura de espacios para la resignificación y transformación. Ello conlleva a la insurgencia de la creatividad simbólica que posibilita la producción de renovados discursos para habilitar el cambio cultural e innovaciones dentro del tejido semiótico.

Esta inclinación de los procesos de subjetivación a partir de la agencialidad significativa, postula la resistencia como la oportunidad para oponerse a órdenes simbólicos opresivos o limitantes, resignificando su posición. Una aproximación válida al respecto, la podemos encontrar en la interacción entre centros y periferias con la estructuración de las semiosis culturales y su desplazamiento a través de diferentes posibilidades argumentales, bajo la conformación de una sincrética amalgama de lógicas de sentido a depender de la orientación argumental.

Habilitado el camino argumental en este sentido, la interrelación entre integración y agencialidad significativa se convierte en elementos complementarios al momento de integrar el tejido semiótico construido por

medio de los procesos de subjetivación. Bajo ese propósito, la subjetivación proporciona los marcos y recursos simbólicos que hacen posible la agencialidad significativa. A su vez, ésta permite al sujeto participar activamente en la construcción del tejido semiótico e imprime dinamismo y transformación a las semiosis configurantes del sentido.

Un ejemplo práctico sobre esta interrelación, lo podemos encontrar en la participación de un sujeto dentro de una práctica argumentativa, en la cual puede, por un lado, reproducir convenciones discursivas propias del contexto cultural (integración al tejido semiótico), al mismo tiempo de reinterpretarlas o subvertirlas mediante el uso creativo del lenguaje y el planteamiento de nuevos enfoques argumentales (agencialidad significativa). Tal es el caso de la literatura y su figuración por medio de estructuras imaginales soportadas en la incausalidad, atemporalidad o referencialidad mítica.

En tal caso, la agencialidad significativa es el instrumento que convierte al sujeto en agente dinámico dentro del tejido semiótico, al evitar que la subjetivación se convierta en un proceso unidireccional de adaptación, sino el espacio donde el sujeto, además de integrarse, actúa, resignifica, transforma y enriquece significados que construyen las nociones del mundo semiotizado, representado y transfigurado en lógica de sentido.

Esta transfiguración en lógicas de sentido soportada por la configuración de los mecanismos subjetivantes a modo de práctica argumentativa, está profundamente entrelazada con las dimensiones simbólicas que rigen las interacciones humanas. Estos sistemas simbólicos constituidos por lenguajes, narrativas, imágenes y signos, operan como ordenadores de sentido al establecer vínculos entre el sujeto y el mundo que lo rodea. En este entramado, la ontosemiótica, es una herramienta ideal para interpretar la específica participación del sujeto en la construcción de sentido, mientras simultáneamente, se configura y reconoce dentro de esa semiosis configurada por él.

En esta articulación significativa, las dimensiones simbólicas no solo median en la percepción de lo acontecido (figuración realidad), sino que producen y estructuran las nociones de éste para consolidarlo a manera de objeto interpretado. De esta forma, el símbolo trasciende su simple carácter representacional para convertirse en entidad operativa que genera sentido y regula prácticas argumentativas. Así, para la Ontosemiótica, los sistemas simbólicos son fundamentales en la construcción de semiosis que permiten al sujeto reconocerse en el mundo.

En consonancia con lo anterior, las dimensiones simbólicas son la génesis de la experiencia sensible, al estar ésta soportada en un orden simbólico, el cual no sólo organiza lo percibido, sino también lo ubica dentro de una cadena significativa. Esta relación dual entre sujeto y símbolo es el escenario donde se gestan los mecanismos subjetivantes: estructuras dinámicas que moldean las formas de pensar, sentir y actuar.

Bajo esta dinámica, las agencialidades significantes se convierten en la praxis del sentido, al referir las capacidades del sujeto para transformar y resignificar las dimensiones simbólicas. Esto es, los símbolos configuran el sujeto, éste último posee la agencialidad significativa que le permite intervenir la trama semiótica, aún más, desde la Ontosemiótica, esta agencialidad se transfigura en práctica argumentativa, donde los enunciantes pasan a ser autores y actores de la cadena significativa.

El anterior proceso no es estático, sino un espacio de constante y cambiante interacción donde las subjetividades son instrumentos de mediación y reformulación en función de contextos socioculturales, históricos y ontológicos específicos. Lo que crea un vínculo entre el símbolo y la subjetividad, al mismo tiempo, permite comprender cómo los mecanismos subjetivantes se desarrollan en una tensión constante entre determinación y libertad. Por una parte, las dimensiones simbólicas establecen límites a las posibilidades del Ser; por la otra, las agencialidades significantes abren espacios para la creatividad y transformación.

El establecimiento de este proceso dialógico entre lo simbólico y lo agencial es indispensable para comprender las prácticas discursivas y argumentativas más allá de la simple concepción de actos comunicativos, en este sentido, son espacios de producción de subjetividades. De este modo, las dimensiones simbólicas son el escenario, mientras las agencialidades significantes son los actores a interpretar, transformar y resignificar este escenario.

El entretejido argumental en clave ontosemiótica

Alrededor de la constitución de este entretejido argumental, la ontosemiótica ofrece un marco teórico-metodológico innovador para comprender la dialéctica enunciativa entre los mecanismos subjetivantes y las dimensiones simbólicas. En esta perspectiva, el ser humano es considerado como un nodo de significación que, a través de su acción, resignifica el entorno y a sí mismo, en un proceso interactivo con la trama simbólica de su contexto, destacando el papel del enunciante como agente configurador y configurado en el marco de sistemas de significación complejos.

Esta relación significante está soportada en una tríada ontosemiótica representada por el sujeto, la vida y la trascendencia, bajo un énfasis específico entre la interconstitución del Ser y el significar, entendida esta interconstitución como la idea de que el Ser, la subjetividad o la identidad no se forman de manera aislada o independiente, sino surge de la relación con otros elementos, contextos o agentes en un proceso de mutua influencia y constitución. De esta forma, subraya la interdependencia del sujeto con su entorno y las dinámicas simbólicas, semióticas o sociales participantes en su configuración.

Por lo tanto, desde una perspectiva filosófica u ontosemiótica, esta interconstitución implica que el ser no es una entidad fija o predeterminada, sino un proceso continuo que ocurre en interacción con las dimensiones simbólicas, prácticas discursivas y estructuras significantes del mundo. Así, el sujeto no solo es moldeado por estas dinámicas, sino que también las moldea, en un acto de creación mutua.

Por otra parte, es imprescindible considerar la dimensión trascendental del sujeto, entendida a manera de horizonte de sentido y constitutiva de la subjetividad generada de semiosis más allá de las limitaciones inmediatas de la experiencia sensible, física o temporal, vinculándose con fundamentos universales que configuran su Ser y su comprensión del mundo. Esta idea encuentra su raíz en la tradición filosófica kantiana, donde lo trascendental denota las condiciones a priori que hacen posible el conocimiento y la experiencia. Sin embargo, en una perspectiva ontosemiótica, incluye aspectos ontológicos, éticos, espirituales y semióticos que contribuyen a la constitución del sujeto como ser abierto al sentido y a la trascendencia.

Por lo cual, la vida se constituye en núcleo semiótico, pues toda acción humana es una forma de resignificación que afirma la existencia en su dimensión social y simbólica. Argumento fundamentado en la idea de que la existencia humana está intrínsecamente mediada y configurada por sistemas de signos. Desde esta perspectiva, la vida no es solo un fenómeno biológico, sino una red de significados en constante construcción, donde cada interacción, acto y experiencia adquiere sentido dentro de un marco semiótico.

En función de lo anterior, la vida se constituye en un escenario productor de sentido, donde cada acto vital, desde el más simple hasta el más complejo, está trasvasado por procesos de interpretación. De esta forma, la cotidianidad implica la interrelación de prácticas significativas que no pueden desligarse de las cadenas significantes, sino un entramado semiótico a sustentarlas y enriquecerlas. Para hacer de la dimensión semiótica una práctica inherente a lo humano.

Por correspondencia argumental, la vida humana, en su esencia, es simbólica. Las estructuras de len-

guaje, las narrativas culturales, las imágenes y los rituales son expresiones de esta dimensión semiótica, donde la realidad se interpreta y construye continuamente más allá de lo físico-orgánico o temporal-espacial, más bien en la constitución de un *texto* en constante devenir, en el cual, cada decisión, experiencia e interacción social contribuyen a reescribir este texto, añadiendo nuevos significados al núcleo semiótico de la existencia.

Estas relaciones significantes hacen de la vida un núcleo semiótico que no solo se reduce a la interacción de signos en lo inmanente, al contrario, abre horizontes trascendentes. De este modo, el ser humano busca a través del lenguaje y las prácticas argumentativas, resignificar su existencia en relación con lo absoluto, lo eterno, místico; es decir, alrededor de una conciencia cósmica.

Por lo que la vida es interpretada como mensaje, al ser vista la existencia humana a modo de narrativa cargada de intencionalidad, un mensaje que comunica a los otros, al mismo tiempo, al propio sujeto enunciante en búsqueda de sentido. Esta interpretación trae consigo la correspondiente figuración del núcleo semiótico dentro de dimensiones trascendentes en las cuales la capacidad de significar lo cotidiano rebasa lo material e inmediato, orientándose hacia valores universales.

Estos niveles de trascendencia conllevan a vincular lo humano y lo divino en una dimensión simbólica a converger a modo de práctica argumentativa. Así, en muchos marcos filosóficos el núcleo semiótico de la vida encuentra su sentido pleno en su capacidad de expresar lo divino. El ser humano, es intérprete del mundo, al mismo tiempo, intérprete de lo trascendente.

Desde la teoría ontosemiótica, entender la vida como núcleo semiótico implica reconocer que el ser humano no solo está rodeado de signos, sino que es un signo en sí mismo, un ser abierto al significado que, al significar, transforma su entorno y a sí mismo. En este marco, la vida a manera de núcleo semiótico, organiza las prácticas argumentativas, al considerarse que toda acción humana es semiótica en la medida en que se orienta por significados: desde la creación de conocimiento científico hasta las expresiones artísticas y religiosas.

Al considerar la vida a manera de núcleo semiótico, ella se convierte en una intersección de sistemas simbólicos, quienes configuran la existencia humana en diversos planos enunciativos: culturales, históricos, éticos y espirituales. De esta manera, el núcleo semiótico se convierte, entonces, en el eje donde convergen los mecanismos subjetivantes en función de la dimensión simbólica y los reconocimientos del sujeto en lo trascendente.

En tal caso, los mecanismos subjetivantes se conciben como procesos de configuración del sujeto a través de su interacción con órdenes de sentido. Destacándose dentro de ellos, la doble dimensión de la subjetivación o la integración al tejido semiótico y ejercicio de agencialidad significativa, para asumir la acción humana como práctica simbólica donde cada acto del sujeto contribuye a perpetuar, cuestionar o resignificar las estructuras de significación. Aunado a ello, el rol comunitario donde la subjetivación genera una relación con un “nosotros” que otorga y legitima sentidos.

Este proceso resignificante conlleva asimismo a la resignificación ontosemiótica de las dimensiones simbólicas dentro de su dinámica significativa, al generarse mediante la evolución de las acciones sociales convergidas en prácticas argumentativas, figuradas dentro de la trascendencia en el orden simbólico representado por la búsqueda de sentido, en la cual el sujeto resignifica constantemente los significantes trascendentales, como el bien, la verdad o lo sagrado. Todas ellas sujetas a la inclusión y exclusión semiótica, soportada en el análisis de cómo ciertos significantes son legitimados o marginados en el orden simbólico.

Al incluir los procesos significantes a las nociones de prácticas argumentativas a partir de la ontosemiótica, es pertinente considerar la dimensión cognoscente de dimensiones simbólicas para hacer referencia a la capa-

cidad del sujeto para interpretar, categorizar y construir significados a través de procesos racionales y discursivos. Desde esta perspectiva, el orden simbólico, se configura como sistema de saberes mediado por la construcción del conocimiento.

Bajo esta perspectiva, los sujetos acceden al mundo a través de sistemas simbólicos que estructuran su comprensión. Estos sistemas incluyen el lenguaje, las narrativas culturales y los paradigmas científicos. Al respecto, el conocimiento está condicionado por los significantes que constituyen el orden simbólico. Por ejemplo, ciertos conceptos o categorías pueden permanecer invisibilizados o ser marginados en un contexto cultural dado. Todo ello sujeto a un dinamismo semiótico que, bajo un enfoque ontosemiótico, las dimensiones simbólicas no son estáticas, los sujetos resignifican constantemente los saberes establecidos, ampliando o desafiando los límites epistémicos. Tal es el caso de la educación, el currículum escolar actúa como un orden simbólico que organiza los conocimientos legítimos, al tiempo que excluye otros modos de saberes, como los saberes ancestrales o populares.

Paralelamente a esa dimensión cognoscente, está la patémica que involucra el orden simbólico como experiencia afectiva para configurar la experiencia subjetiva. En este aspecto, los significados no solo se construyen cognitivamente, sino que están impregnados de valoraciones y cargas afectivas. Todo signifiante tiene una resonancia emocional que influye en cómo es recibido y vivido por los sujetos. Por ejemplo, términos como “libertad” o “justicia” no solo tienen significados racionales, sino también evocaciones afectivas que varían según el contexto cultural y la historia personal.

Esta particularidad establece un vínculo entre lo simbólico y lo experiencial, más aún a partir de la Ontosemiótica, cuyos postulados demuestran que las dimensiones simbólicas no se limitan al plano del discurso, sino están expresadas en prácticas argumentativas cargadas de significado patemizado, el cual surge a manera de vínculo comunitario para fortalecer los lazos simbólicos entre las comunidades y generar cohesión social.

Una forma de ilustrar lo expresado anteriormente, es a partir de las dimensiones simbólicas en los movimientos sociales que articulan discursos de resistencia, imbuidos profundamente por mecanismos subjetivantes. En este contexto, esos mecanismos se entienden como procesos mediante los cuales los sujetos se constituyen en relación con los significados, discursos y prácticas promovidos dentro de un movimiento social. Estos movimientos crean sentidos de pertenencia que transforman a los individuos en miembros de una causa común. Estas identidades colectivas no solo fortalecen la cohesión grupal, sino que también resignifican las experiencias individuales.

Más allá de lo inmanente, los movimientos sociales suelen proponer horizontes utópicos que trascienden la realidad inmediata. Estos horizontes funcionan como motores subjetivantes que orientan las prácticas individuales y colectivas hacia el cambio. Los movimientos sociales, más que simples plataformas de acción política, son espacios de producción de subjetividades. Los mecanismos subjetivantes operan en estos movimientos al articular narrativas, prácticas y símbolos que transforman tanto al individuo como a la colectividad, configurando nuevas formas de ser, pensar y habitar el mundo.

En función de lo anterior, existe una interrelación entre lo cognoscente y lo patémico en una complementariedad signifiante expresada de la siguiente manera: La emoción orienta el conocimiento, las valoraciones afectivas influyen en qué aspectos del mundo se consideran significativos o dignos de conocimiento. Al mismo tiempo, El conocimiento modula la emoción mediante los procesos racionales y discursivos que permiten reinterpretar las experiencias emocionales, transformando su impacto en el sujeto.

Esta interrelación implica la figuración de una semiótica de la experiencia humana, esto es, la Ontose-

miótica que enfoca la vida misma vista como una práctica semiótica integral donde lo racional y lo afectivo se entrelazan para construir sentido e implica una apertura a la trascendencia que permite al sujeto no solo relacionarse con el mundo inmediato, sino también proyectarse hacia horizontes trascendentales de sentido. Alrededor de esta práctica argumentativa, surge la educación a manera de espacio de cohabitación del sujeto y su formación estructurada tanto en el desarrollo cognitivo como en la dimensión afectiva, fomentando una integración plena de ambas.

De igual manera, en el contexto religioso, las dimensiones simbólicas suelen articular significados cargados tanto de racionalidad como de emotividad. En su dimensión cognoscente, los dogmas y los textos sagrados estructuran los marcos interpretativos de los creyentes, mientras que en su dimensión patémica, los rituales, himnos y símbolos generan experiencias afectivas que refuerzan el sentido de pertenencia y la trascendencia.

Conclusiones

Los mecanismos subjetivantes, entendidos como procesos dinámicos de constitución del sujeto a través de prácticas significantes, desempeñan un papel central en la comprensión de la experiencia humana. Estos mecanismos no solo configuran las formas en que los individuos interpretan el mundo, sino también las maneras en que se perciben a sí mismos y actúan dentro de estructuras simbólicas y sociales.

La subjetividad, en este marco, no es un dato fijo ni una esencia predeterminada, sino un proceso continuo de interacción entre el individuo, los órdenes simbólicos y las prácticas discursivas. Así, las dimensiones simbólicas y las agencialidades significantes se revelan como elementos esenciales: mientras los símbolos estructuran y ordenan la experiencia, las prácticas significantes permiten al sujeto intervenir activamente en la producción de sentido, resistiendo o transformando los significados establecidos.

En contextos como los movimientos sociales, los mecanismos subjetivantes operan tanto en la producción de identidades colectivas como en la resignificación de narrativas hegemónicas, creando horizontes de trascendencia que guían las prácticas y redefinen las subjetividades. Estos movimientos no solo actúan en la esfera política o cultural, sino que generan transformaciones profundas en las formas de ser, pensar y actuar, articulando una dialéctica constante entre determinación y libertad.

Asimismo, en la configuración de los procesos de subjetivación, el mito y la trascendencia desempeñan un papel esencial como mecanismos subjetivantes profundamente arraigados en las estructuras simbólicas de las culturas. Los mitos, entendidos como narrativas fundacionales que articulan significados universales y valores compartidos, trascienden lo histórico y lo contingente para situarse en un horizonte de sentido que conecta al sujeto con lo absoluto y lo eterno.

El mito no solo explica el origen del mundo o de las instituciones humanas, sino que se convierte en un espacio semiótico donde el individuo interpreta su lugar en el cosmos. En este proceso, opera como un mecanismo subjetivante al proveer de arquetipos y modelos de acción que orientan la vida individual y colectiva. De igual manera, vincula lo inmanente con lo trascendente, permitiendo que el sujeto se proyecte más allá de sus límites inmediatos, hacia valores, ideales y significados superiores, para crear un lenguaje simbólico compartido, que facilita la cohesión social y fortalece identidades colectivas.

La trascendencia, por su parte, actúa como el horizonte hacia el cual se dirige el mito. No se trata solo de lo divino o lo sagrado en términos religiosos, sino de cualquier dimensión que permita al sujeto superar la inmediatez de su existencia para encontrar un sentido más amplio. En este sentido, la trascendencia reconecta al sujeto con lo absoluto, articulando un vínculo con valores que trascienden lo meramente material o histórico, como la

justicia, la verdad o el amor.

Paralelamente, resignifica la acción humana, orientándola hacia metas que superan el plano individual para incluir la construcción de un orden simbólico que beneficie a la colectividad, a partir del fomento de la apertura del Ser para permitir al sujeto reconocerse como parte de una totalidad más amplia, ya sea la comunidad, la naturaleza o la divinidad. Por lo que, en esa interacción entre mito y trascendencia, los mecanismos subjetivantes encuentran un marco privilegiado de actuación. Estos mecanismos operan al integrar narrativas míticas en la experiencia cotidiana del sujeto, facilitando su autocomprensión y su capacidad de significar el mundo. Asimismo, promueven una constante resignificación de la realidad, donde el sujeto no solo interpreta los símbolos, sino que también los transforma y los proyecta hacia nuevos.

El mito y la trascendencia, en su complementariedad, invitan a una comprensión integral de la subjetividad, donde el individuo se constituye no solo en relación con su entorno inmediato, sino también en función de los valores y significados que trascienden su propia existencia. En este contexto, los mecanismos subjetivantes se revelan como procesos clave para conectar al sujeto con narrativas que lo vinculan tanto con su pasado simbólico como con su apertura hacia el futuro y lo eterno. Esta relación entre mito, trascendencia y subjetivación subraya la importancia de reconocer y cultivar los órdenes simbólicos que nos permiten habitar una existencia cargada de sentido, siempre orientada hacia lo más alto y lo más profundo de la experiencia humana.

Finalmente, desde una perspectiva ontosemiótica, los mecanismos subjetivantes no solo reflejan la capacidad del sujeto para significar su entorno, sino que también iluminan su apertura a lo trascendente. En este sentido, la vida como núcleo semiótico y la dimensión trascendental del sujeto destacan como conceptos clave para interpretar el ser humano no solo como un producto de su contexto, sino como un agente activo en la creación de significados que trascienden lo inmediato, proyectándose hacia lo universal y lo absoluto.

Los mecanismos subjetivantes, por tanto, no solo explican cómo nos constituimos en relación con el mundo, sino que invitan a reflexionar sobre cómo podemos reconfigurar nuestras prácticas, narrativas y símbolos para construir nuevas formas de habitar la realidad y generar sentido en una existencia siempre abierta al cambio y a la trascendencia.